

ella una carta de crédito donde había añadido por su propia autoridad y con notorio abuso de confianza una frase en que daba al de Champaña plenos poderes para citar al rey de Francia. El conde se aprestó á entrar en tratos.

Fué convenido que los dos príncipes se encontrarían en Saint-Jean-de-Losne el 29 de agosto de 1162; cada uno de ellos llevaría consigo á su papa; se escogerían árbitros franceses y alemanes para juzgar de la validez de ambas elecciones y se estaría á lo que sentenciaran. Si alguno de los dos papas se negaba á asistir á la entrevista, se le consideraría como habiendo hecho abdicación. En caso de que Luis VII no aceptara este tratado ó violara las cláusulas, Enrique de Champaña juró que se entregaría personalmente en rehenes al emperador y le haría homenaje de su feudo.

Este convenio podía acabar separándose la Champaña del reino de Francia. Una vez en presencia del rey, el conde se libró muy bien de revelar el compromiso personal que se había impuesto. Se limitó á entregarle un ejemplar del tratado en el que sólo se hablaba de la conferencia y de las cláusulas relativas al arbitraje. Luis VII aceptó el arreglo. Federico le escribió desde las ruinas de Milán una carta de las más afectuosas, que concluía con estas palabras: «Con nuestro querido primo, vuestro vasallo, el conde de Troyes, hemos acordado amistosa y completamente todo lo necesario para conservar entre nosotros la integridad de una unión recíproca, y tendremos buen cuidado en mantener religiosamente nuestras promesas.»

Después de sus éxitos en Italia, Barbarroja estaba en la persuasión de que la entrevista de Saint-Jean-de-Losne sería un triunfo para él. Además sabía muy bien de antemano que Alejandro se negaría á asistir. Dejó por todas partes decir á los partidarios de Víctor IV que el rey de Francia estaba pronto á reconocer al antipapa. Escribió ó dejó escribir por su canciller una carta increíble dirigida al propio hermano de Luis VII, el arzobispo de Reims, en que se le advertía que el rey de Francia debía marchar al Saona el 29 de agosto para prestar «adhesión solemne al papa Víctor.» Al mismo tiempo se invitaba al arzobispo á comparecer cuatro días antes en Besançon para deliberar allí «con los otros fieles al Imperio.» Bajo pretexto de tener el prelado una pequeña parte de su provincia en tierra alemana, Federico le convocaba de oficio, como funcionario imperial. Enrique se contentó con remitir la carta á su hermano, preguntándole si era cierto que el conde de Champaña se hubiera comprometido por su parte, como se decía, á reconocer al antipapa. Otros partidarios de Alejandro, entre ellos los enviados de Roma, escribieron á Luis para hacerle la misma pregunta. Se ignora si les respondió.

Luis VII se dirigió hacia Borgoña. Pensaba conducir al papa á la entrevista y le encontró en la abadía de Souvigni, en Bourbonnais. A las instancias del rey de Francia respondió el papa con una negativa que era fácil de prever. «Me extraña, dijo el rey, que teniendo la conciencia de vuestro derecho dejéis perderse la ocasión de manifestarlo por la pública exposición de vuestra causa.» Alejandro cedió á Luis VII cuatro cardenales encargados de asistir á la conferencia, pero faltos por lo demás de todo poder para aceptar la sentencia

de los futuros árbitros. El rey, ya bastante desconcertado, llegó á Dijón, donde le aguardaba el conde de Champaña. Aquí el incidente toma un aspecto cómico. El conde Enrique recuerda al rey las cláusulas del tratado, hace constar que Alejandro cede y concluye que el reconocimiento de Víctor se impone. Añade que si el rey niega su conformidad á la convención, se verá obligado, por el juramento prestado á Federico, á rendir al emperador el homenaje de todos sus feudos franceses. «¿Cómo!, responde Luis VII, ¿os habéis presumido bastante por vos mismo para aceptar, á mi espalda, semejante compromiso sin consultarme?—Vos mismo, señor, me autorizasteis á ello por la misiva del obispo de Orleans.» Y Enrique lee la carta real otorgándole amplios poderes. Luis VII se dirige entonces al obispo, le pide explicaciones y no alcanza, como es de suponer, más que una respuesta incongruente. Entonces comienza á comprender que ha sido burlado.

Llega el día de la conferencia (29 de agosto). Era todavía noche cuando el emperador Federico y su papa, viniendo de Dole, se presentaron sobre el puente de Saint-Jean-de-Losne. No encuentran allí á nadie y se retiran satisfechos de haber cumplido con la letra del tratado. El emperador deja solamente algunos oficiales de su séquito para representarle. Luis VII, á su vez, se acerca á Saint-Jean-de-Losne, pero no se arriesga en cambio hasta el puente, temiendo tal vez una emboscada. Envía á sus barones y especialmente al conde Enrique á parlamentar con los representantes de Federico. El conde pide plazo, porque ignorando su soberano los verdaderos términos del tratado, le repugnaría imponerle por sorpresa la solución inmediata de una cuestión tan importante. Los imperiales se niegan á ello: Luis VII se vuelve á Dijón y los cardenales de Alejandro III marchan nuevamente al encuentro de su señor, persuadidos de que todo había terminado. Y esto no era más que el primer acto del enredo.

El conde de Champaña había ido á Dole á discutir con Barbarroja. Vuelto por otra vez al lado del rey de Francia, «No estáis libre de vuestros compromisos, dice á Luis VII; y si no los cumplís, me veré obligado á prestar homenaje al emperador. He obtenido de él, para no tener que recurrir á ese extremo, la siguiente concesión: se os acuerda un plazo de tres semanas, á condición expresa de que, transcurrido el plazo fijado para la nueva entrevista, conduciréis con vos al papa Alejandro á Saint-Jean-de-Losne y os someteréis vos y él al juicio pronunciado por los árbitros de entrambos reinos: y si no, os comprometéis bajo fianza á entregaros vos mismo prisionero en manos del emperador en Besançon.» Sería penoso creer, si el hecho no estuviera lo suficientemente atestiguado, que Luis VII había aceptado semejante proposición, ofreciendo en garantía tres grandes feudatarios de su reino: el duque de Borgoña, el conde de Flandes y el conde de Nevers.

No pudiendo entonces contar más con el rey de Francia, caído en ese lazo indisoluble, Alejandro se volvió de parte de Enrique II. Determinóle á intervenir en su favor, aun por la fuerza, en caso de que Luis VII se sometiera al emperador. Cuando Luis pidió por segunda vez á Alejandro que compareciera con él en Saint-Jean-de-Losne, el papa respondió, después de una negativa categórica, que el rey de Inglaterra ponía todas las

fuerzas de su reino á su disposición y que no tenía más ardiente deseo que el de aliarse á los franceses para defender al verdadero elegido de la Iglesia. Pero Luis VII desconfía de la alianza del inglés; se cree comprometido con Federico, y se encamina nuevamente, con la muerte en el alma, hacia el lugar de la cita.

El 22 de septiembre, á las nueve de la mañana, se presenta á caballo sobre el puente de Saint-Jean-de-Losne. Espera hasta mediodía. Ni Federico ni el antipapa comparecen, pero el emperador se hace representar por Reinaldo de Dassel. El rey de Francia y sus barones hacen constar que Federico está ausente y recuerdan al canciller la promesa hecha por su señor de aceptar un arbitraje sobre la validez de la elección de Víctor. El canciller responde que el emperador no ha adquirido ningún compromiso de ese género: «El y los obispos del Imperio son los únicos que tienen calidad para juzgar de las elecciones pontificales: se ha convocado al rey de Francia y á su clero, únicamente para oír pronunciar la sentencia imperial y prometer la sumisión.» Oyendo esta declaración tan inesperada como inconcusa, verdadero golpe teatral, Luis VII, alegre de salir de dudas, se vuelve al conde de Champaña y le ruega que repita las cláusulas de la segunda convención, concluida por él mismo con el emperador: hecho esto, dice el rey: «Pues bien, conde: vos estáis presente; vos sois testigo; vos veis que el emperador, que, según vos, debía encontrarse aquí, está ausente, y que sus representantes acaban de cambiar los términos del tratado delante de vos.—Es cierto, responde el conde.—Entonces, ¿estoy libre de todo compromiso?—Estáis libre,» replica Enrique. Luis VII se dirige igualmente á los barones y obispos que le escoltaban: «Vosotros todos habéis visto y oído como he cumplido con todo lo que debía: ¿creéis que esté ligado por el tratado todavía?» Todos le respondieron: «Habéis rescatado vuestra palabra.» Rápidamente el rey de Francia vuelve grupas. Pero los imperiales le siguen precipitados; prometen que el emperador mantendrá sus primeras convenciones; le suplican que vuelva. Luis VII, después de una última frase: «He hecho todo lo que debía hacer,» recobra al galope el camino de Dijón.

Así terminó la comedia representada en Saint-Jean-de-Losne por esos dos reyes, que proyectan conferencias, se acercan y luego dan con el medio de separarse para no volver á encontrarse jamás y no resolver nada en definitiva. Compréndese que Luis VII se haya mostrado irresoluto y tímido; pero ¿cómo explicarnos la conducta de Federico Barbarroja? ¿Estaba en desacuerdo con su canciller Reinaldo, cuya política expeditiva, por desear demasiado, lo perdió todo? ¿Sentía la imposibilidad de permanecer por más tiempo en Dole, con ejército que había agotado los recursos del país y ante la perspectiva de un ataque posible de Enrique II? Sea como fuere, se contentó con hacer sentenciar la validez de la elección de su papa por la asamblea de Dole. Resultado previsto: se proclamó á Víctor verdadero y legítimo papa. Alejandro III fué excomulgado; el emperador y su canciller declararon que los reyezuelos (*reguli*) como los soberanos de Francia y de Inglaterra no tenían el derecho de pronunciarse en un proceso que competía únicamente á la política imperial. En realidad, la causa de Víctor IV estaba perdida. Alejandro, bien

pronto reconocido con título legítimo por Luis VII, iba á permanecer en Francia, estableciendo allí durante algunos años la sede de su gobierno.

### III.—El papa Alejandro III en Francia. Enrique Plantagenet (1)

El papa Alejandro debió sobre todo á Enrique II su victoria. Parece justo que el rey de Inglaterra sacara provecho del servicio prestado. De hecho, Alejandro III había comenzado por establecerse en Deols, en Berri y después en Tours, es decir, en los Estados del Plantagenet, aunque no permaneció largo tiempo. En agosto de 1163 pasó á Bourges, ciudad francesa, y en octubre se instalaba definitivamente en Sens, adonde se transportó la administración romana. Sens iba á ser por dos años la capital efectiva del mundo cristiano. Alejandro había creído peligroso para él y para la Iglesia abandonarse en manos del rey inglés, que sentaba plaza de déspota y amenazaba las libertades de sus clérigos tanto como las de sus nobles. La querrela de Enrique II con Tomás Becket había comenzado. El conflicto de que Inglaterra era teatro fué el acontecimiento que decidió á Alejandro y á sus cardenales á fijarse en país francés.

Grande honor fué para el rey de las flores de lis; pero no desprovisto de inconvenientes y cargas. Entre los dos soberanos, el de París y el de Sens, que gobernaban á veinticinco leguas de distancia, no sufrió graves turbaciones la armonía; con otro rey que con Luis VII no hubiera tenido tan buen fin la prueba. Era preciso que una de las dos autoridades dominara á la otra, y es claro que no fué el papa quien cedió. Desde 1163 á 1165 la voluntad de Alejandro III fué ley en el país de los Capetos. El arzobispo de Reims, Enrique de Francia, fué su primer funcionario, y el mismo Luis VII recibía de su huésped casi diariamente cartas en que los deseos manifestados se parecían demasiado á órdenes expresas. En esta correspondencia se trata frecuentemente de pequeños detalles por los que causa maravilla ver á un rey de Francia hacerse dócil instrumento de la administración eclesiástica.

El papa le induce, por ejemplo, á tomar medidas para que un caballero que quiere ir á Jerusalén pueda vender sus propiedades sin la autorización de su mujer, ó para obligar á ciertos diocesanos del obispado de Sens á restituir las viñas hurtadas al obispo. Le obliga á constituir un mercado en Gatinais, á restablecer la paz entre dos caballeros que se hacen la guerra, á proteger un pobre hombre á quien los vasallos del rey oprimían, á devolver la libertad á una persona que sus agentes habían encarcelado, á fallar ó hacer fallar justicia por dos hermanos que se disputaban un inmueble. Otra vez manda al rey que castigue al conde de Auvernia y al vizconde de Polignac, perseguidores de la abadía de Brioude.

Apenas manifestaba Luis VII alguno que otro asomo

(1) FUENTES.—La correspondencia de Luis VII (tomo XVI de los *Historiens de France*) y la de Alejandro III (íd., tomo XV).

OBRAS DE CONSULTA.—Reuter, *Geschichte Alexanders III und der Kirche seiner Zeit* (1860-1864). Eyton, *Court, household and itinerary of King Henri II*, 1879. J. Bardoux, *De Walterio Mapio*, 1900. El *De Nugis curialium*, de Gautier Map, analizado en esta tesis latina, es un arsenal de anécdotas y de datos preciosos sobre las cortes de Francia y de Inglaterra á fines del siglo XII.

de resistencia, cuando la jurisdicción pontifical podía competir, por demasiado exigente, con la de la casa real. Un día se ve en la obligación de declarar á su huésped que los caballeros de cierta localidad del Orleanesado, perteneciente á su dominio, están prontos á responder de sus actos delante de la justicia del rey; pero nada tienen que ver con la del papa. Y añade: «Rogamos á vuestra paternidad guarde en sus personas el honor que nos es debido y no ponga mano en ellos.» El papa debió excusarse en otra circunstancia por haber otorgado su absolución al conde de Auvernia, contra el que Luis VII había tomado medidas de rigor. La inconsecuencia, en efecto, era flagrante, ya que el mismo Alejandro había exigido del rey aquellas medidas.

El rey fué el servidor abnegado del papa y el papa supo compensárselo. En marzo de 1163 le envía solemnemente la «rosa de oro» como al soberano más adicto á la Iglesia romana, y digno, por su piedad y buenas obras, de recibir este emblema. En larga carta le explica la significación mística de la flor «por la cual reinan los reyes y la justicia.» Luis VII la recibió con el reconocimiento del hombre que, cada día con más ahinco, se entrega á las prácticas devotas. Afirma un cronista que se obligaba á seguir los oficios con tanta regularidad como los canónigos de Nuestra Señora, entre los cuales gustaba de vivir. Llegaba á imponerse hasta tres cuaresmas y se privaba de vino y de pescado todos los viernes. Alejandro le escribió para dispensarle de esta abstinencia; pero el rey le comunica su embarazo, no sabiendo fijamente cómo interpretar la dispensa. ¿Comprendería los viernes de las tres cuaresmas inclusive, ó se refería á los otros viernes solamente? Alejandro responde que la dispensa se aplica sólo á los viernes de cuaresma comprendidos de San Martín á primero de Adviento. Durante este tiempo le permite, á condición de doblar las limosnas, un plato de pescado y un poco de vino.

Por lo demás, esta íntima alianza con el papado era una fuerza. Daba Luis VII el apoyo de la opinión religiosa en el preciso momento en que su rival tenía que habérselas, en una querrela de las más graves, con el jefe de la Iglesia inglesa: crisis que debía durar ocho años (1163-1171).

Al abrirse esta crisis, feliz para la Francia, representámonos, tan exactamente como nos sea posible hacerlo, las dos opuestas figuras: la del rey de Francia y la del rey de Inglaterra.

Física como moralmente se conoce á Enrique II bastante más que á Luis VII. De éste apenas si apreciamos una silueta indecisa vagamente entrevista bajo la sombra de majestad religiosa que la envuelve. Ningún indicio cierto sobre su fisonomía. Era instruído y letrado, muy piadoso y muy dulce, limpio de costumbres, compasivo con los menesterosos, tolerante hasta con los judíos, de vida sencilla y sin fausto y lo bastante popular para ir y venir entre sus burgueses de París sin adoptar las precauciones que parecían indispensables para los otros soberanos. Una carta de Juan de Salisbury, escrita

1168 en 1168, nos enseña que los estudiantes alemanes, al abandonar París, no se privaban de manifestar su hostilidad, por lo menos de palabra, á la Francia y al rey: «Tienen altanera la palabra y la amenaza en la boca, loquantur grandia, minis tument,» dice Juan de

Salisbury. Burlábanse de Luis VII «porque vivía como burgués en medio de los suyos, sin ademanes de tirano á la moda de los bárbaros, y sin que le rodearan siempre los guardas como á aquel que teme por su vida, ut qui timet capite suo.» Un día se durmió profundamente en una selva sin que le guardaran más que dos caballeros. El conde Thibaut de Champaña le despertó: «Duermo solo, en seguridad, le dijo el rey, porque nadie me quiere mal.» «Tu señor el rey de Inglaterra, dijo otro día á Gautier Map, no está falto de nada: hombres, caballos, oro, seda, diamantes, caza, frutos, de todo tiene en abundancia. Nosotros en Francia no tenemos más que pan, vino y alegría.»

Luis VII era un justiciero escrupuloso. Habiendo sabido que acababa de reñirse una reyerta entre clérigos y laicos (sin duda en el barrio de los estudiantes), fué por sí mismo á visitar el lugar en que se habían batido y encontró á un clérigo jovencito, todo cubierto de sangre. Preguntóle quién le había tan malparado. «El maestro de los chambelanes de la reina,» respondió el joven. Luis hizo detener en seguida al culpable, y á pesar de las súplicas de la reina, le hizo cortar el brazo. Cuando dió orden de construir su palacio de Fontainebleau, sus obreros englobaron, por malquerencia, en el recinto un campo perteneciente á un pobre hombre. A las quejas del propietario, Luis VII hizo arrasar una parte de los muros y demoler los edificios ya levantados. Una anécdota, recogida como las precedentes por Gautier Map, demuestra que el rey no vacilaba en castigar ni aun á los hombres que le rodeaban y á quienes apreciaba más, cuando se permitían bromas deshonorosas sobre las damas de su corte. Uno de sus favoritos, Galerán de Yèvre, fué por esta causa condenado al destierro.

¡Lástima que el rey de Francia manchara todas estas hermosas cualidades con su carácter irresoluto, imprevisor y temeroso de toda responsabilidad (desde su ruptura con Alienor, después de la cruzada), y que estuviera tan desprovisto, como su rival bien dotado, de sentido político y de energía militar!

Enrique II era mediano de estatura, de robusta complexión ósea, cuadrado de espaldas, los brazos muscudos como los de un luchador, piernas arqueadas de caballero infatigable, el vientre un poco prominente, cabellos tirando á rojos y cortos, faz leonina, rojiza, y grandes ojos grises cerca de la cabeza y que relampagueaban en los momentos de cólera. Nada de elegancia en sus maneras, ni en sus trajes con frecuencia descuidados. Cuando apareció en Inglaterra, llevaba, á la moda de Anjou, un manto corto que extrañó á los ingleses, acostumbrados á las largas capas de los tiempos de Enrique Beauclerc, y dió origen al apodo de *Court-mantel*, que nuestros historiadores han aplicado equivocadamente á su hijo Enrique *el Joven*. No enguataba jamás sus largas y callosas manos, excepto cuando cazaba al halcón. Aspecto en verdad poco real. Pero ¿de dónde sacar el tiempo necesario para cultivar su persona? Cuando no viajaba, andando como una lanzadera entre Francia é Inglaterra; cuando la guerra y los negocios dejaban de absorberle, cazaba con una pasión furiosa que escandalizaba y extenuaba á sus compañeros. Volvía con las piernas hinchadas y los pies maltrechos, pero no por eso descansaba. Salvo para

montar á caballo, ó para ponerse á comer, jamás se le veía sentado. Siempre de pie, iba y venía, incapaz de permanecer en el mismo sitio, aun en los consejos y asambleas más solemnes y aun en la iglesia. Esta agitación tenía rendidos á sus clérigos y caballeros. Su corte era un infierno, al decir de los que la habitaban.

Vivíase, por lo demás, sin ostentación, y el señor del imperio angevino era de suyo persona muy sencilla. Gautier Map afirma que, cuando salía, la turba de solicitadores y mendigos le rodeaba, le apretaba y hasta le empujaba violentamente con gritos é injurias, lo que él permitía sin enfadarse, retirándose á lugar seguro cuando la situación se hacía insostenible. Cada día, como buen padre de familia, mandaba distribuir entre las gentes de su vecindario pan, vino y combustible. Y como le era necesario preocuparse de la opinión popular, mostraba espléndidez en las limosnas.

Este hombre, de sangre y de energía excesivas, perseguía siempre un fin político. Amaba la guerra como ambicioso, no por ella misma, sino por sus provechos, y cuando la había resuelto, la realizaba con una decisión y una rapidez que aseguraban el éxito. Fué, sin embargo, más diplomático todavía que guerrero; negociador astuto, sutil y terco, á quien no detenía ninguna delicadeza de conciencia sobre la elección de expedientes. Poco devoto, aun cuando hizo martirizar herejes y aun cuando asistiera frecuentemente á misa como todos los hombres de su tiempo, prestaba poca atención á las cosas de la Iglesia. Allí hablaba en voz baja de negocios con los que le rodeaban, dibujaba nerviosamente y miraba las esculturas ó las pinturas del edificio. No fué gran constructor de iglesias ni pródigo con el clero. Por eso se le acusaba de parsimonioso y aun de avaro. No derramó el oro á manos llenas más que para las necesidades de su política. Se comprometió á hacer la cruzada, pero no partió jamás, porque la cruzada no fué para él más que un pretexto para crear impuestos. La figura de Enrique II en pleno siglo XII fué casi una potencia laica.

En sus pocos ratos de ocio buscaba la sociedad de los sabios y letrados. Poseía muchas lenguas y hablaba el latín y el francés. Animaba á los poetas, hablaba con los clérigos instruídos y se apasionaba, sobre todo, de la historia, que retenía maravillosamente, gracias á una memoria imperturbable, incapaz de olvidar un nombre ni un semblante. Constante en su amistad como en sus odios, era bondadoso y espléndido para con sus íntimos y para los oficiales que le servían fielmente, y poseía el don de seducir á aquellos á quienes se proponía agradar. Bromeaba con frecuencia, en especial á costa de la gente de Iglesia, y hablaba agradablemente, no dejando nunca de convencer á los que le oían. Si, como Luis VII, no se enternece á la consideración de los miserables, combatió en cambio los instintos de rapina de los nobles. Hizo á los pequeños el bien que solía hacer un déspota riguroso por los grandes. Pero esas cualidades del hombre y del rey se vieron desfiguradas por el exceso mismo de ambición, por las brutalidades de lenguaje y de conducta que le valieron mortales enemigos, aun dentro de su familia misma, y por la ausencia completa de dignidad en su vida privada. Sus continuas infidelidades suscitaban entre él y la reina Alienor diferencias que acabaron por una ruptura de que

él era especialmente responsable. El fin de su vida, deshonrado por excesos y escándalos públicos, hizo verosímiles algunas acusaciones monstruosas de que no dejaron de aprovecharse sus enemigos.

No logró Enrique II, como se había propuesto, reunir bajo una dominación única y fuerte los diferentes países que el juego del azar y las circunstancias hicieron caer en sus manos. Le era difícil oponerse á la evolución irresistible que separaba el pueblo francés del pueblo inglés, y creaba sobre las dos orillas de la Mancha dos existencias nacionales independientes. En el mismo continente, en esa Francia del siglo XII en que tan poderoso era todavía el espíritu particularista, era necesario mantener bajo el mismo cetro regiones tan distantes y diversas como la Normandía y la Gasconía, Bretaña y el Lemosín, combatiendo la mutua hostilidad de las razas y sometiendo á los feudos contrapuestos. Era necesario además triunfar de las fuerzas naturales, porque las frecuentes travesías de la Mancha en épocas en que la navegación distaba mucho de estar adelantada, ofrecían siempre grave riesgo. Finalmente, la guerra con el Capeto tenía sus dificultades y peligros. Por poco temible que fuese, Luis VII tenía sobre su adversario la ventaja de la soberanía feudal: era el rey protegido por la tradición y por la Iglesia. Cuando se considera á Enrique II librar á la par todas las batallas y resistir á tantos enemigos diferentes, se admira la audacia de la empresa y la prodigiosa labor del obrero. Pero ese imperio anglo-francés, ficticio y poco duradero, constituido por accidente, á despecho de las corrientes históricas más precisas, no podía sobrevivir largo tiempo á la fuerte inteligencia que le había creado y le mantenía casi por milagro.

Los resultados más fecundos y duraderos de la actividad de Enrique II debemos buscarlos en la administración interior de Inglaterra. Está ya el terreno preparado, puesto que Guillermo *el Conquistador* y su hijo habían echado los cimientos de una monarquía casi absoluta. La fusión de sajones y normandos era un hecho. Existía una nación inglesa que tras las agitaciones del reino de Esteban de Blois tenía precisión de tranquilidad, de orden y justicia. Enrique II le aportó lo que necesitaba: un gobierno.

Parecióle incompatible el orden monárquico con la constitución de las reglas de jerarquía y de vasallaje, tales como se observaban del otro lado del estrecho. De esta idea salió todo un programa de reformas, que realizó casi por completo con pleno éxito y del que gozaron á la vez las provincias francesas del Imperio, sobre todo Normandía. No vaciló, por otra parte, ni un momento solo en someter nobles y clérigos á una ley común, violando las tradiciones y reaccionando violentamente contra el pasado. Por sus tendencias absolutistas, su carácter fiscal y sus procedimientos legislativos, con sus consejeros ya imbuídos en los principios del derecho romano, el reinado de Plantagenet parece contemporáneo del de Felipe *el Hermoso*. Sus atrevimientos dieron á Inglaterra y Normandía una ventaja de cien años sobre la Francia de los Capetos. Aquí, y no en sus intrigas y conquistas, debemos hallar la verdadera gloria de Enrique II.

Conoció, sin embargo, que había cierto peligro en adelantarse á su siglo. En los tiempos en que él vivía

no permitía el sentimiento religioso los atentados directos contra la organización de la Iglesia y los intereses de sus representantes. Indisponiéndose con el clero encontró Enrique II los límites de su despotismo: este poder moral que personificaban, en Inglaterra misma, la iglesia de Cantorbery y, fuera de Inglaterra, el Papa y el sacerdocio adictos á las ideas de la reforma. Su conflicto con Tomás Becket es de sumo interés en nuestra historia nacional, no solamente porque Francia fué su teatro durante muchos años, sino porque Luis VII supo tomar pie de esta diferencia para lograr sobre su rival una ventaja momentánea y retardar la hora de la suprema derrota de que su dinastía parecía amenazada.

#### IV.—La cuestión de Tomás Becket (1)

Las famosas constituciones firmadas en 1164, el 30 de enero, en Clarendon, por los obispos y barones de Inglaterra, ponían á la Iglesia, personas y tierras, en manos del rey. Los clérigos perdían el derecho de ser justiciables únicamente por sus tribunales: se les forzaba á comparecer ante la justicia real. Arzobispos y obispos, sometidos á las mismas obligaciones que los señores laicos, se convertían en simples vasallos. El derecho de excomunión estaba subordinado á la voluntad del rey, las apelaciones á Roma suprimidas y las tierras sujetas al impuesto real. Hacer del clero inglés un instrumento de la dominación monárquica y cortar sus relaciones con el extranjero, es decir, con el Papa y la Iglesia universal, tal era el objeto manifiesto del Plantagenet. Si lo hubiera logrado, Inglaterra habría sido en la cristiandad latina una excepción. Pero Enrique II no podía ser el solo que se libraba de la corriente general de las ideas y los hechos. Tropezó con la resistencia de un obispo, Tomás Becket.

Jamás hombre menos propio, como el canciller de Inglaterra, para hacerse contra Enrique II y la monarquía el campeón del partido opuesto; porque ninguno había trabajado como él para fundamentar el absolutismo de esta monarquía. Legista, juez, economista, capitán, secretario de Estado, Becket había sido hasta 1162 el instrumento que le era necesario al reinado violento de Enrique II. El mismo, violento, atrevido, amigo del lugo y del dinero, se había mostrado más realista que el rey, aconsejando todo golpe de autoridad y predicando la política de conquista. La pasión le arrastró muchas veces á olvidar los mismos intereses del príncipe de quien era primer ministro y amigo. En el fondo carecía de sentido político. Tenía el espíritu vigoroso, pero estrecho. Tal fué el hombre que se convirtió de repente, por el solo hecho de su elevación al arzobispado de Cantorbery (3 de junio de 1162), en el defensor de los privilegios é intereses que había combatido y en decidido adversario del rey á quien todo lo debía.

(1) FUENTES.—Robertson, *Materials for the history of Thomas Becket*, séptimo volumen, 1875-1885.

OBRAS DE CONSULTA.—Reuter, obra citada, tomo II, 1860. Le Roux de Lincy, *La vie et la mort de Saint Thomas de Cantorbery*, por Garnier de Pont-Sainte-Maxence, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes», tomo IV, 1842. Pauli, *Geschichte von England*, tomo III, 1853. Hook, *Lives of the archbishops of Canterbury*, 1860-1864, tomo III.

Era grande continuar la tradición de los obispos militantes del siglo XI tan enérgicamente entregados á la causa de la independencia eclesiástica: Tomás Becket parecía continuar á San Anselmo; pero, vistos de cerca, se parecían poco estos dos luchadores. San Anselmo combatía en nombre de los intereses y principios puramente espirituales: quería la libertad, si no la preponderancia, de la Iglesia dentro del Estado, y la exaltación del clero por la reforma, por la pureza de las costumbres y por la renuncia á las pasiones terrenas. Becket, al revés, comenzó la lucha por una viva resistencia sobre una cuestión de dinero. Sus primeros actos de oposición fueron rechazar el pago de los impuestos relativos á sus bienes arzobispales. Durante toda la duración del conflicto, las negociaciones que entabló y los tratados que concluyó ó quiso concluir estaban dominados por cuestiones de dinero, por preocupaciones de gran propietario de terrenos. Comprometió su causa desde el principio por un exceso de pasión, de cólera impolítica y de torpe intransigencia. Por eso, después de haber desafiado abiertamente en Clarendon y en Northampton la omnipotencia del rey, sostenido por una nobleza y un obispado ya acostumbrados al despotismo, no tardó Tomás en refugiarse (1164) en suelo francés.

El desterrado voluntario tenía el prestigio de un cristiano que ya lleva mucho sufrido por la causa de Dios, de la Iglesia y del papa. Su enemigo era el enemigo de la Francia. Luis VII, por consiguiente, se apresura á acoger á Becket. Declara que guardará al arzobispo «como á las niñas de sus ojos.» Y habiéndole escrito Enrique II para rogarle que no diese auxilio á un «traidor» condenado por la justicia inglesa, al que llama el ex arzobispo de Cantorbery: «¡El ex arzobispo!, responde el rey de Francia; ¿quién le ha destituido? En verdad, yo soy rey, tanto como el rey de Inglaterra, pero no me creo con bastante poder para destituir ni al último de los clérigos de mi reino.» Y añade que sus predecesores tuvieron siempre por costumbre abrir los brazos á los desterrados y que no ha de faltar él á las tradiciones hospitalarias, honor de su corona. Becket se había instalado primeramente en Pontigni, abadía de la orden del Císter. Enrique II amenaza á los cistercienses con tomar represalias en los conventos y dominios que la orden poseía en sus Estados. El abad del Císter, muy temeroso, obliga al arzobispo á despejar el sitio. Indignado de la pusilanimidad de esos frailes, Luis VII exclama: «¡Oh Religión! ¿Dónde estás? Los hombres que creíamos muertos para el siglo, temen las amenazas terrestres y arrojan de su seno al que es herido por la causa de Dios.» Inmediatamente propone á Becket, que la acepta, la hospitalidad en una villa real, en Sens, donde podrá permanecer sin miedo. La guerra entre ambos reyes se hacía inevitable: comenzó en 1167 y duró hasta 1172.

La guerra fué intermitente y lánguida, cortada á cada paso por treguas y armisticios. Se incendian castillos, y sobre todo poblaciones, en la frontera normanda, en el Vexin. Luis penetra hasta los Andelis y Enrique hasta Chaumont, simple correspondencia de incendios y pillajes. Enrique II acaba de apoderarse de la Bretaña, cuya heredera Constanza, hija de Conán IV, estaba casada con su hijo Godofredo; y en tanto los agentes de Luis VII sostienen contra el Plantagenet en la Au-

vernia la rebelión del conde Guillermo IX y en Poitou á los feudos insurrectos. Los reyes, sin embargo, tienen frecuentes entrevistas en el Vexin y en Perche, cerca de Tours; pero todas sin éxito.

En las precedentes guerras había el Plantagenet obrado con más rapidez y herido con mayor dureza. Se adivina que aquí no se mueve con soltura. La crisis religiosa le embaraza. Los contemporáneos, poco atentos á las demostraciones militares de los dos reyes, se preguntaban sobre todo cómo terminaría el drama comenzado en Northampton y de quién sería el triunfo entre el rey de Inglaterra y el primado de Cantorbery. Pero esos dimes y diretes entre Tomás Becket, Enrique II, Luis VII, Alejandro III y otros personajes laicos ó eclesiásticos, duraron seis años todavía (1165-1171).

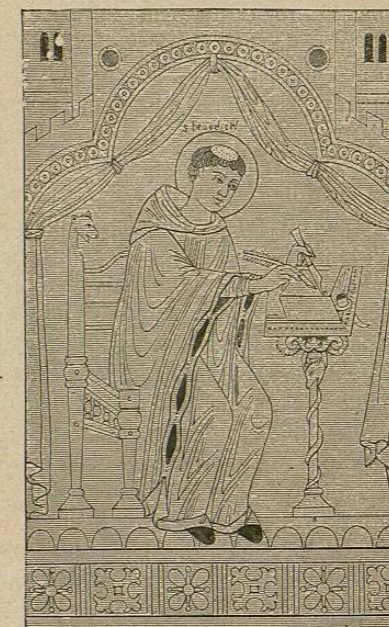
El rey de Francia y el papa Alejandro se dieron un trabajo inmenso por restablecer el acuerdo. Tomás y Enrique dejaban hacer á los intermediarios, pero no les sacrificaban nada de sus ideas ó de sus pretensiones. Con más empeño que nunca Enrique II aísla á su clero y le prohíbe toda relación con el arzobispo ó el papa. Maltrata á los partidarios de su enemigo, y trata de justificarse en una carta dirigida al colegio de cardenales. «Se me hacen reproches por haber expulsado á Tomás de Cantorbery; se me pide que vuelva á llamarle y le restablezca en su sitio; pero es completamente falso que yo le haya obligado á dejar mi reino. Él mismo lo abandonó, por ligereza, por maldad, para serme nocivo y sublevar contra mí la opinión injusta. Si quiere volver, restituyendo á su príncipe lo que le debe, haré por él lo que á él le es debido, según parecer del clero y los señores del reino, conformándome á nuestras antiguas costumbres. El que quiera abolir estas costumbres será siempre un enemigo público á mis ojos; jamás consentiré que se alteren ó disminuyan los derechos que los reyes de Inglaterra han ejercido siempre y que santos pontífices les han reconocido.» Llevada á este terreno, la cuestión era insoluble. Enrique llega á amenazar á Alejandro con someter la Inglaterra al antipapa Pascal, y ostensiblemente se pone del lado del emperador Federico. En 1170, cuando haga coronar á su hijo mayor, Enrique *el Joven*, ha de emplear, á falta del arzobispo de Cantorbery, primado del reino, el ministerio del arzobispo de York, lo que exasperará á Becket.

Agriado por la persecución y el destierro, á la vez que exaltado por la grandeza del papel que se atribuía, no solamente responde el arzobispo á los ataques, sino que toma la ofensiva. Desde tierras de Francia, donde no pueden alcanzarle, fulmina contra sus enemigos su indignación; prodiga las suspensiones, los interdictos y las excomuniones personales. Atacó á los obispos de Londres, de Salisbury y de Durham y al mismo arzobispo de York. No perdona, por lo demás, á sus propios amigos. También se queja de Alejandro III con tanta amargura como Enrique II, le acusa de tibieza y no comprende que el jefe de la Iglesia descienda á ponerse bien con los poderes del siglo. «En la corte de Roma, exclama, Barrabás es siempre absuelto y Jesús condenado siempre.»

Entre los dos adversarios, la situación de Alejandro era difícil. Para complacer á Becket era necesario excomulgar al rey de Inglaterra, es decir, ponerlo en manos del emperador Federico y del antipapa. Por otra parte,

¿podía el papa abandonar al arzobispo y entregar la Iglesia inglesa al Plantagenet? Alejandro y los cardenales pretendían estar bien con unos y con otros. El papa llegó hasta eximir al rey de Inglaterra, á sus cortesanos y á sus obispos de la jurisdicción espiritual del arzobispo de Cantorbery. La publicación de esta bula por Enrique II fué un escándalo. El rey de Inglaterra pudo envanecerse de tener al papa y á sus cardenales en el bolsillo, *in bursa sua*. Como su abuelo Enrique Beauclerc, era á la vez en su Isla «rey, emperador, legado apostólico y patriarca.»

Luis VII no comprendió ni la inflexibilidad intrata-



Hábito monacal del siglo XII.  
(Del Martirologio de la Biblioteca de Stuttgart.)

ble del arzobispo, ni las truhanadas de Enrique II, ni las argucias de la política del pontífice. En esa comedia complicada que se representaba en su casa, él era el único actor sincero. Cuando supo en 1168 que la Santa Sede parecía dar la razón á Enrique II y se apresuraba á confirmar el matrimonio celebrado entre el hijo del rey de Inglaterra y la heredera de Bretaña, amenazó con vedar sus territorios á los legados del pontífice, convocando una asamblea delante de la que expondría sus cargos contra la Iglesia romana. Tentó, por otra parte, de restablecer la paz por medio de una reconciliación entre Enrique II y Tomás Becket, á quienes hizo reunir dos veces.

En Montmirail (6 de enero de 1169) Tomás Becket declaró á Enrique II, en presencia del francés, que como fin de todo conflicto se remitía á la voluntad y equidad de su soberano; pero añadió estas sencillas palabras: *salvo honore Dei*, «salvo el honor de Dios.» «Señor rey, dijo entonces Enrique á Luis, parad atención en lo que este hombre acaba de decir. Pretenderá que todo lo que le disgusta es contrario al honor de Dios. Por amor á la paz he aquí lo que yo propongo: que me conceda solamente aquello que los arzobispos más santos, predecesores suyos, han concedido y tolerado del más indigno de los reyes, mis abuelos, y yo me daré por